

DE QUÉ MANERA TE OLVIDO

Estela Leñero Franco

Ironías de la vida. A los cinco años conocí al que más tarde sería mi compañero de taller de dramaturgia durante más de 10 años. Era por 1966 cuando fui a ver a la Casa de la Paz *El Principito*. Mi hermana y yo hicimos que nuestros padres nos llevaran al teatro tres veces como mínimo. Nos gustaba el pelo amarillo y de estropajo del principito interpretado por María Luisa Alcalá, pero sobre todo aquel Rey con su risa contagiosa que actuaba nuestro amigo Chucho. Años después me enteraría que su nombre era Jesús González Dávila como decía el programa de mano que todavía no sabía leer. En ese entonces él arrancaba en el mundo del teatro con la llave de la actuación y años más tarde la dejaría por otro vicio más solitario: el de la dramaturgia. Él se olvidó de *El Principito* y dedicó su vida a escribir acerca de los olvidados por el rey, los olvidados por la risa, los que no piden una puesta de sol sino despertar de esa *Luna negra*.

En el taller, Jesús nos dejaba anonadados porque siempre tenía varias obras que leer. Cada semana podía proponer, si había un hueco, leer la primera, la segunda o la décima versión de su obra en puerta. De 1982 a 1985 escuché más de tres versiones de *De la calle*, antes *Rufino*; y muchas más de *Crónica de un desayuno*, o *Un desayuno de tantos* como la titulaba en 1986. Sí, Jesús trabajaba intensamente cada una de sus obras. Pulía las situaciones, los personajes, pero sobre todo pulía el lenguaje. Esta era su arma más letal. Manejaba peligrosamente el realismo poético y, si algunas veces se volvía demasiado empalagoso, en otras sus largos monólogos podían debilitar la trama. Pero él sabía escuchar con inteligencia y rectificar lo que sólo él creía conveniente. Su estilo era único y su originalidad radicaba en que sus personajes, desposeídos de cualquier privilegio, tenían el don de la expresión. Ya fuera en lenguaje soez o en un tono evocativo, Jesús los impregnaba de una dimensión nueva.

Uno aprendía mucho viendo cómo iba transformando sus obras poco a poco; y cuando nosotros pensábamos que ya estaba lista, él dudaba. En realidad nunca estaba conforme, y esa insatisfacción lo hacía sufrir.

Cuánto sufría Jesús. Sufría y vivía el placer; los polos más distantes los unía en un segundo. Gozaba, ¡cómo gozaba! Disfrutaba las lecturas y se apasionaba. Siempre excitado, siempre. Era un placer doloroso, un doloroso placer.

Nunca olvidamos su risa desbordada, su nerviosismo, su cuerpo sin detener un segundo, sus palabras reburbujando como cataratas. Era realmente estimulante oírlo leer sus obras. No se percibía dónde empezaba y dónde terminaba el texto, porque nunca detenía su

hablar y todo lo cargaba de emoción. Había que concentrarse en las hojas copia que nos entregaba para leer simultáneamente los diálogos; si no, uno se confundía creyendo que de principio a fin el nivel de intensidad de la obra era altísimo. Terminábamos exhaustos y siempre conmocionados, porque las obras de Chucho nunca te dejan indiferente, tu corazón se rasga y tardaba en recuperarse. Percibíamos el silencio suspendido en el estudio de nuestro querido maestro Vicente Leñero, compañero de ruta, donde asistíamos asiduamente durante más de siete años Leonor Azcárate, Juan José Barreiro, Cristina Cepeda, María Muro, Víctor Hugo Rascón y Tomás Urtusástegui; y en ciertos periodos fueron Sabina Berman, José Ramón Enríquez, Bruce Swancey y Federico Urtaza. En el taller era, después de leer la obra comíamos lo que cada lector traía, porque la cena le tocaba al que leía y Chucho nos alimentó con pastel de zarzamoras el día que leyó esa obra, y tamalitos y antojitos que tan atentamente preparaba su mujer. Cómo engordamos con sus lecturas, y cómo nos nutrió el alma. Y después de cenar, zaz, el taller era criminal, arremetía con todo; las críticas positivas y negativas se dejaban venir. Aprendimos a ser fuertes y aceptar que más valía que lo supiéramos de una vez por todas. Sin poder evitarlo nos defendíamos, pero Jesús, como un crucificado, dejaba que las flechas penetraran en su piel curtida. Era como si se separara de él mismo para poderse ver y reír a gusto y criticarse y bobearse. Pero semanas después volvía resucitado con su nueva versión. Para él era más importante su obra que su persona, que sus sentimientos, que su susceptibilidad.

Por eso se peleaba tanto, porque defendía lo que escribía, porque luchaba ciegamente por lo que creía que era su obra. Por eso les gritó a aquella compañía de Guadalajara sobre lo mierda de su montaje y casi se da de trancazos con el director; por eso se peleó con Julio Castillo y con los del INBA cuando no le querían pagar sus derechos de autor de *De la calle...* por eso... En fin, por eso se agarraba a golpes con la vida.

Cómo olvidar a ese Jesús tan peleonero, tan explosivo, tan apasionado. Cuánto se extraña su intensidad en este país que quieren hacernos creer que está calmo cuando en realidad vivimos *Tiempos furiosos*.

Siempre lo recuerdo sentado en el taburete, con su pierna inquieta escuchando la lectura de los demás. Así como era atento escucha a los comentarios, así igual no perdía detalle de la obra que los del taller llevábamos a leer. Podía reírse mientras te decía cosas gravísimas y tú reías contagiado aunque tuvieras ganas de llorar.

Chucho dudaba, dudaba de sí mismo y necesitaba reafirmarse. Buscaba el reconocimiento y a la vez lo rechazaba. Así como sus personajes, Chucho era un hombre complejo, contradictorio, lleno de recovecos... todo un misterio. Podía parecer un osito que daban ganas de apapachar; tierno, muy tierno. Pero al mismo tiempo ponía barreras; tenía sus

reservas hacia todo lo que oliera a *Aroma de cariño*. Porque sí, Chucho no se dejaba querer. Quería y no podía, lo necesitaba, pero algo en su interior lo ponía a la defensiva.

Muchos muchos lo quisimos, pero a veces parecía que no quería que lo quisieran. Leonor Azcárate, amiga y colega de él por más de veinte años, un día le dijo, en un arranque de cariño, ¡eres un chingón!, y él le contestó furioso ¡cómo puedes decir eso si soy un pendejo y más! Se dijeron muchas cosas aquella vez y fue tan serio el enfrentamiento que tardaron meses en reconciliarse.

Chucho quería formar parte de la galería de personajes de su creación; no podía mirarse como alguien que había rebasado las fronteras y que su tezón y talento lo habían convertido, *A fuerza de palabras*, en un dramaturgo de primera. Él se esforzó por seguirse considerando un marginado, y como cuenta Víctor Hugo Rascón, su entrañable amigo desde que empezaron a escribir teatro y con el que también mantuvo intensas discusiones, Chucho nunca dejó de verse como perdedor.

Algún placer habrá encontrado en sentirse un outsider o tal vez la idea del personaje trágico con un destino irremediable hacía inconcebible su triunfo placentero. La orfandad era su sino. Las vidas de sus personajes estaban muy cerca de él y se volcaba en ellos. Iba dejando un cachito de sí mismo en cada obra que escribía... hasta que poco a poco se fue quedando sin nada... En el homenaje en vida que le hicieron en Sogem, todos quisimos entregarle un poquito de esa vida que se le estaba yendo.

Cómo olvidar la euforia de Chucho. Cuánto lo extrañamos hoy en este nuevo siglo donde todo es cool, light, leve y buena onda. Porque ahora se quiere escribir para agradar al público, para hacerle pasar un rato amable, para que no sufra, para que vuelva al teatro. Hoy que pareciera que escribir sobre los marginados está pasado de moda y que lo que pega es hablar de ellos, pero en cool, o de los niños bien y de las familias adineradas. Cuánta falta hace Chucho hoy, que el mundo es más injusto que nunca, que hay más pobres que antes y todos lo quieren olvidar. Nos quedan sus obras para ver que ese lado oscuro de la vida no ha acabado y que igual que cuando vivía, falta mucho mucho, para despertar.

Ironías de la vida; no está Chucho, cuando más lo necesitamos.

Homenaje en el Teatro de Sogem 2007 *A siete años de la muerte de Jesús González Dávila*